

TOMÁS HARRIS

## Un mundo sin héroes

El autor chileno regresó a la escena literaria con dos libros: «Ítaca» (Lom, mayo 2001) y «Encuentros con hombres oscuros» (RIL, diciembre 2001). Poemarios escritos en forma paralela y con los que, según afirma, completa un ciclo inaugurado en 1992.

NOVEDADES 2002 | 4 Y 5

### Anticipo editorial

Biografías, memorias, ensayos, novelas, cuentos y poesías que vienen.



PREMIO ALFAGUARA DE NOVELA | 12

### Tomás Eloy Martínez

La identidad, el poder y el destino de Argentina como inspiración.

MI BIBLIOTECA | 11

### Alfonso Calderón

El escritor confiesa que, en materia de libros, es un compulsivo.

**PEDRO PALAU GUERRERO**

Según Harris, este libro representa la culminación de un proyecto que empieza en Ciguango (1992) y continúa con *Los 7 naufragos* (1995) y *Cronías maravillosas* (1997):

“fíaca tiene una forma similar de siete capítulos que dialogan entre sí y con textos anteriores. El punto donde se establece este diálogo es la utilización del mito como idea estructural. Tanto los mitos clásicos como los nuevos que se van conformando a través de los *mas-mudo*. El tema principal, esta vez, es el paso de la realidad a la no-realidad, es decir, a la realidad virtual. El poema central del libro gira en torno a la deshumanización del sujeto, no en un sentido intelectual, sino absoluto: post-humano”.

—“Cómo expresa esta no-realidad el mito de Teso y el Minotauro?”

“Quise trabajar el tema en un texto donde el griego estuviera en una situación de absoluta pobreza, imposibilidad de mostrar y de comunicarse. Teso solamente habla con su sombra y está sumido en el último momento existencial, como los *gósic* corcoses de William Burroughs. Ha llegado a la instancia del *agon*, la agonía absoluta, y por tanto al espacio de la antépica, porque se resista constantemente que no puede matar al Minotauro. Está colgado de un aparato de realidad virtual y ya ninguna realidad es posible”.

—“Sus textos parecen glosar libros y películas, ¿cuáles fueron estas los modelos?”

“La idea está tomada de una película escrita por Kathryn Bigelow, que se llama ‘Noches extrañas’. En cuanto a la escritura misma, trabajé el texto casi como un monólogo dramático. Para construir este personaje fue esencial tener en cuenta el trabajo de Jean Genette y sus novelas *El inabordable* y *Maleno*. Los personajes de Beckett no llegan a ser personajes, son restos de seres humanos situados en un momento de crisis”.

—“Se refiere a eso cuando escribe: ‘Yo creí que la poesía debe ser como esas viejas películas de terror’ de la Hammer Films?”

“Sí, además, significa ‘marfil’, lo que es decir, *golpea*. En este momento tiene que hacerse a martillazos, más allá de los resultados estadísticos. Tal como decía Nietzsche que debía hacerse a martillazos, yo también lo hago a martillazos”.

—“No escribo para dejar al lector indiferente sino para rememorar lo que inocula el horror que nos rodea”.

—“A esto alude cuando dice ‘substituto’ ‘esencias’ de una poesía” de la captiura “La balza de la medusa” sobre el cuadro de Géricault”.

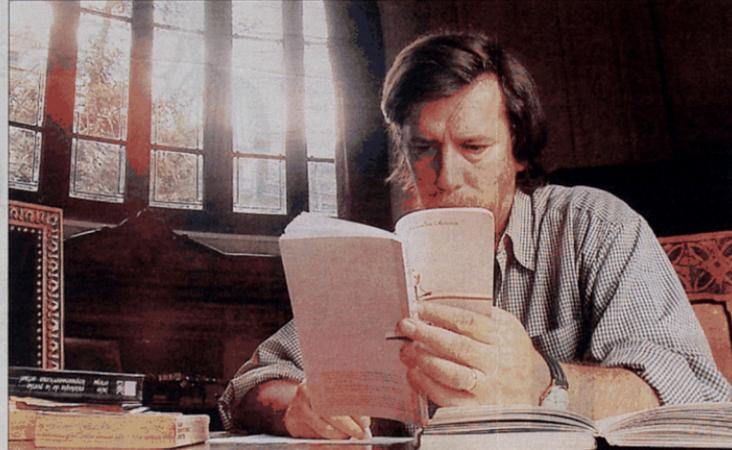
—“Si en mis poemas trato de esbozar la metáfora de la poesía como catástrofe. En este momento el artista está poeizando un naufragio de proyectos atópicos y notótipicos que destruy, muchas cosas que recasar y yo creo que fíaca fue el último gesto de ese proceso”.

—“Como expresa esta no-realidad el mito de Teso y el Minotauro?”

“Quise trabajar el tema en un texto donde el griego estuviera en una situación de absoluta pobreza, imposibilidad de mostrar y de comunicarse. Teso solamente habla con su sombra y está sumido en el último momento existencial, como los *gósic* corcoses de William Burroughs. Ha llegado a la instancia del *agon*, la agonía absoluta, y por tanto al espacio de la antépica, porque se resista constantemente que no puede matar al Minotauro. Está colgado de un aparato de realidad virtual y ya ninguna realidad es posible”.

—“Sus textos parecen glosar libros y películas, ¿cuáles fueron estas los modelos?”

“La idea está tomada de una película escrita por Kathryn Bigelow, que se llama ‘Noches extrañas’. En cuanto a la escritura misma, trabajé el texto casi como un monólogo dramático. Para construir este personaje fue esencial tener en cuenta el trabajo de Jean Genette y sus novelas *El inabordable* y *Maleno*. Los personajes de Beckett no llegan a ser personajes, son restos de seres humanos situados en un momento de crisis”.



**PINTURA** — Artistas tan periferizados como Gericault, Otto Dix, Bacon y Velázquez han inspirado a Tomás Harris algunos de sus procedimientos y motivos estéticos más característicos.

# La poesía como catástrofe

El autor afirma que «fíaca» es un gesto de rechazo a la estética de la consolución, mientras que «Encuentros con hombres oscuros» es otro libro más personal.

de Bush sobre Afganistán y otras relaciones y guerras en curso. Pero el desastre del que hablo es aún mayor: el de la propia aventura humana”.

—“La catástrofe comienza con la creación”, escribe. ¿No es la vieja desolación gráfica del mundo como un error en sí mismo?”

—“Hay un sustrato de proleísmo, pero tomado poético, no filosófico. La concepción del mundo como error y de la catástrofe como parte de la creación —poética y también del universo— en ningún momento está marcada con un signo positivo o negativo, simplemente es un hecho. Incluso puede ser la génesis de una nueva opción para el ser humano”.

—“El final de un ciclo?”

“Claro. Ya se vislumbra, y el artista debe estar atento a sus señales. No hablo con paranoia, pero hay múltiples signos de que estamos pasando de un momento histórico a otro. Los casos, curiosamente desde el 2001—Stanley Kubrick mediante— van a ser distin-

tales. Se va a crear otro tipo de relaciones, tanto literarias como sociales. Nacerán, tal vez, nuevas estéticas, nuevas concepciones de la vida perdiendo de a poco, lo cual también podrá ser un procedimiento bastante saludable para desprenderse de una ciudad que me marcó tanto”.

—“Tras la lectura de su último libro, «Encuentros con hombres oscuros», queda la sensación de que es el más personal que ha escrito.”

—“Efectivamente, es mi libro más personal, porque hago una serie de ajustes de cuentas con figuras que para mí han sido fundamentales. Entrego generosamente al lector una parte de mi vida privada, de la cual he sido muy celoso, aunque en todas mis obras anteriores hay claves cripticas que sólo alguien que me conozca muy bien puede descifrar. Sin embargo, esto no es un libro subjetivo, porque zampo la subjetividad a través de los procedi-

mientos literarios. No quiero perder la literariedad en la poesía, que es lo fundamental. Tampoco pretendo hablar de aspectos de mi vida que no me interesan a nadie, lo cual es una peligrosa tendencia de la poesía más joven”.

—“Hay un largo poema, «El hombre de las nieves», acerca de su padre. ¿Realmente el estuvo en la Antártica?”

—“Sí, y ese poema es un ítem, obviamente fallido, de reconectarlo. Yo tenía dos años cuando mis padres se separaron, por lo tanto lo vi sólo pocas veces; lo único que me quedó del es un unas fotografías que se tomó allí cuando era teniente, y el año 85 o 89 viajé a fundar una de las primeras bases militares. Frente a esas fotos construí un poema casi como un ritual chamánico, invocando su espíritu. Para mí, la fotografía tiene algo mágico. Como es que mi padre pudo llegar a ser más joven que yo y en lo que tan pronto y lleno de reminiscencias literarias como la Antártica, el infierno blanco de Arthur Gordon Pym”.

—“En los versos que le dedica a su padrastro, lo presenta como un es soldado alemán de gran cultura literaria.”

“No lo era, pero efectivamente pelé en la Segunda Guerra Mundial a

los 14 años, cuando ya casi no quedaban reservistas y mandaban adolescentes como carne de cañón. El soldado alemán que habla en los poemas no corresponde al que pasó después a ser mi padrastro y que me contaba en las tardes, con algunas cercenias en el cuerpo, sus experiencias guardadas en el estomago mucho, porque además tenía que entregar la versión de los hechos. El perteneció a las juventudes hitlerianas, lo cual no implica culpa ni mucho menos responsabilidad con el genocidio. Simplemente, veo a este soldado como un troyano bajo los muros de Ilión, entre las hachacotas aqueas. Es una voz que se universaliza y habla de los efectos de la guerra en un muchacho”.

—“También usted hace un retrato entrañable de Allen Ginsberg, a quien, supongo, no conocía personalmente.”

“Casi. Estuvo tan cerca de mí como mi papá si mi padrastro. Me sentí muy identificado con su obra durante una época y no puedo decir que Ginsberg sea un gran poeta, pero lo encuentro tremendamente vital. Yo repetí gestos ginsbergianos a los veinte años, actos que me identificaban plenamente con el movimiento beat. Absolutamente desidentificados, seguro, pero sí puedo rescatar en un momento de la vida de transgresión absoluta y de conocimiento a través de la autodestrucción con las drogas, el alcohol y el sexo”.

—“Finalmente, ¿qué reside el color de estos ‘hombres oscuros’, ¿en su obsesión por la rebeldía, el mal o la derrota?”

“Más que aspectos escrutales, lo que recupero en autores como Kafka, Rimbaud o Ginsberg es su visión de la realidad y la idea de transgredir la fuerza que está en el mundo. Eso es mucho más difícil y no es una tara individual, sino colectiva: una revolución, por ejemplo, algo en lo cual también participo. Yo creo que el mundo es personal tiene una peligrosa cercanía al nihilismo, que para mí es inevitable, dado que no veo salida”.

—“Como Cioran?”

“Sí bien es muy difícil compartir sus posturas, no debo de sentirme atraído, como la mariposa nocturna negra de mis poemas, por esa luz que nos pega que, a veces, llega a dar un poco de risa, pero que finalmente estremece. Y estremece porque te das cuenta de que estás leyendo algo que no es un texto, sino un acto de guerra, una inmovilidad intelectual y pragmática. ¿Con muy buenas razones?”.

—“Sin embargo, usted sigue escribiendo y publicando, lo cual no es precisamente una actitud apática.”

“Bueno, uno continúa leyendo y viendo, entonces el proyecto se va desarrollando por otros meandros: nuevos libros, nuevas películas, que son cosas que trascienden estéticas y también vidas. Eso me permite no repetir y seguir escribiendo a pesar de todo”.

# Catarsis satánica

Un viaje desesparanzador es el que se narra en los dos últimos libros de Tomás Harris. En sus versos afuro, junto al sentimiento de una profunda alienación, la conciencia histórica de una falta de coherencia radical en todas las relaciones vitales.

**BEJUNO CUNDO**

Hay un cierto tipo de obras poéticas, particularmente fecundas en los últimos años, en las que el desencanto o la querela con el mundo y el tiempo al cual inevitablemente pertenecen es a tal punto obstruido que no pueden afirmarse como tales más que negándose a sí mismas o haciendo radical experiencia de su propio fracaso. El arte —decía Th. W. Adorno— tiene que temer a todo menos al nihilismo de la impotencia; y el cierto es que Tomás Harris no le teme en absoluto. Muy por el contrario, fíaca (Lom, 2001) nos invita desde un comienzo a situarnos en ese borde fríasible en el que la creación continúa con la catástrofe, a la manera como para los antiguos el horizonte lo hacía con el naufragio. ¿Y quiénes son estos supervivientes/ de la Balza de la Medusa/ o de la Nave del Caos? ¿Yo Géricault, el artista, creo/ soy uno, el primero, el más enfermo por la sal y el paludismo/ de la fiebre que emudece el ojo y sus contornos/, leemos en el poema de abertura (“La balza de la medusa”, Escenas).

Lo que Harris llama “catarsis satánica”, única “sublimación” posible para una poesía que se quiere similar a los *hombres oscuros* de *Christo* films de Hans-Christoph Sorensen y Peter Cushing, no es tan sólo la hipóbole del temple gráfico que ha sido el resultado de una búsqueda siempre a la fatasa, sino también el reconocimiento de que, en un contexto histórico como el actual, la representación de una existencia reconciliada está llamada a perflarise tan diestramente como la caricatura en la mano del dibujante. Harris y el cineasta David Lynch —a quien el poeta dedica, a veces, llega a dar un poco de risa, pero que finalmente estremece. Y estremece porque te das cuenta de que estás leyendo algo que no es un texto, sino un acto de guerra, una inmovilidad intelectual y pragmática. ¿Con muy buenas razones?”.

—“Sin embargo, usted sigue escribiendo y publicando, lo cual no es precisamente una actitud apática.”

“Bueno, uno continúa leyendo y viendo, entonces el proyecto se va desarrollando por otros meandros: nuevos libros, nuevas películas, que son cosas que trascienden estéticas y también vidas. Eso me permite no repetir y seguir escribiendo a pesar de todo”.

—“En los versos que le dedica a su padrastro, lo presenta como un es soldado alemán de gran cultura literaria.”

“No lo era, pero efectivamente pelé en la Segunda Guerra Mundial a

los 14 años, cuando ya casi no quedaban reservistas y mandaban adolescentes como carne de cañón. El soldado alemán que habla en los poemas no corresponde al que pasó después a ser mi padrastro y que me contaba en las tardes, con algunas cercenias en el cuerpo, sus experiencias guardadas en el estomago mucho, porque además tenía que entregar la versión de los hechos. El perteneció a las juventudes hitlerianas, lo cual no implica culpa ni mucho menos responsabilidad con el genocidio. Simplemente, veo a este soldado como un troyano bajo los muros de Ilión, entre las hachacotas aqueas. Es una voz que se universaliza y habla de los efectos de la guerra en un muchacho”.

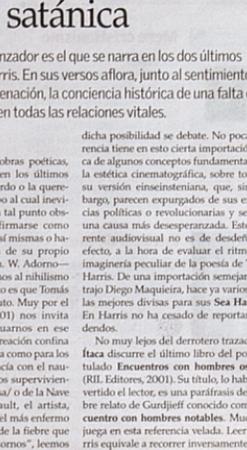
—“También usted hace un retrato entrañable de Allen Ginsberg, a quien, supongo, no conocía personalmente.”

“Casi. Estuvo tan cerca de mí como mi papá si mi padrastro. Me sentí muy identificado con su obra durante una época y no puedo decir que Ginsberg sea un gran poeta, pero lo encuentro tremendamente vital. Yo repetí gestos ginsbergianos a los veinte años, actos que me identificaban plenamente con el movimiento beat. Absolutamente desidentificados, seguro, pero sí puedo rescatar en un momento de la vida de transgresión absoluta y de conocimiento a través de la autodestrucción con las drogas, el alcohol y el sexo”.

—“Finalmente, ¿qué reside el color de estos ‘hombres oscuros’, ¿en su obsesión por la rebeldía, el mal o la derrota?”

“Más que aspectos escrutales, lo que recupero en autores como Kafka, Rimbaud o Ginsberg es su visión de la realidad y la idea de transgredir la fuerza que está en el mundo. Eso es mucho más difícil y no es una tara individual, sino colectiva: una revolución, por ejemplo, algo en lo cual también participo. Yo creo que el mundo es personal tiene una peligrosa cercanía al nihilismo, que para mí es inevitable, dado que no veo salida”.

—“Hay un largo poema, «El hombre de las nieves», acerca de su padre. ¿Realmente el estuvo en la Antártica?”



La posibilidad se debate. No poca importancia tiene en este cierto importación literaria de algunos conceptos fundamentales de la estética cinematográfica, sobre todo de su versión einsteiniana, que, sin embargo, parecen expurgados de sus exigencias políticas o revolucionarias y servir a una causa más desesparanzadora. Este referente audiovisual no es de desflejar, en efecto, a la hora de evaluar el ritmo y la imaginaria peculiar de la poesía de Tomás Harris. De una importación semejante al extraño Diego Maquieira, hace ya varios años las mejores divisas para su sea *Harris*. En Harris no ha cesado de repetir dividiéndose.

No muy lejos del derrotero trazado por fíaca discurre el último libro del poeta titulado *Encuentros con hombres oscuros* (RIL Editores, 2001). Su título, lo habrá advertido el lector, es una paráfrasis del célebre relato de Gericault conocido como *Encuentro con hombres notables*. Mucho se juega en esta referencia velada. Le a Harris equivale a recorrer inversamente el camino de la acción epistolar del viajero ar-

menio. Si en vez de sabios ancianos y derroches, éste hubiera encontrado a Kafka, Baudelaire o Ginsberg, uno que otro bobalacho, algún sobreviviente de la Segunda Guerra o un sepulturero, en su camino, tendríamos una imagen exacta de lo que Harris llama una “catarsis satánica”. No es la respuesta a las preguntas fundamentales de la vida lo que le aguarda al final de su trayecto, sino el desencanto, la conciencia histórica de una falta de coherencia radical en la totalidad de las relaciones vitales y el sentimiento de una profunda alienación respecto de sí mismo.

El viaje que emprendemos es, conjuntamente con la conciencia de su precariedad y, a fin de cuentas, de su imposibilidad, parecen ser los connotadores esenciales de estos dos últimos libros de Tomás Harris. En los fragmentos de la empresa poética que, sin embargo, aún querría avanzar, pero sin esperanzas, a expensas de todo lo que crea el paso.